



INFORME: ANGEL CRESPO / CARLOS DE LA RICA

Poemas de la noche

Ángel Crespo

LA NOCHE

Cuando Dios vaga por la noche
y los tejados pierden formas,
en la tierra las casas se hundan en cierto
modo
porque Dios pesa más que un puñado
de aire.

También hay chimeneas que ya no se
ven
y tejas que se rompen sin saber cómo
y una campana que, aunque nadie toca,
parece que sonase o que soñara.

Se oye un viento confuso
con palabras que nadie sabría descifrar
porque las dice Dios mientras hace la
noche.

Y como es él quien está cantando
fluye su túnica por las aceras
y su aliento a los árboles sacude.
Y, al abrir el balcón,
nos estremecemos de repente
porque casi parece que le hemos visto

de *Una lengua emerge*, 1950

NOCHE TOTAL

¿Es la luz que se está yendo
o es la oscuridad, el negro
polvo que cae en la tarde,
se acumula, en los cristales
finos, diáfanos, del aire,
y poco a poco convierte

lo o que era, azul y fulgente
en sollozante negrura?

¿O es que la luz, ya cansina,
se enrosca sobre sí misma,
cual caracol que temiera,
una sequía que llega,
desde el confin de la tierra,
o un granizo que amenaza
en la región de las aguas,
donde el aire se inaugura?
No sé si es la luz que se hunde
o la oscuridad que sube,
si es la vida que se esconde,
o si es la muerte esta noche
que al caer me sobrecoge:
esta noche tan distinta
que no es la mitad del día,
o que no serlo figura,

de *Donde no corre el aire*, 1981

TEOFANIAS (7)

La noche se aproxima a quien la huye
pero su tiniebla se enciende
para quienes la aman.

No es su luz otra que una claridad
tan extremada que ante ella
retrocede la luz del día.

Es una claridad —para los ojos
que se ciegan de amarla—
que deja ver pupilas que nos miran
desde siempre: unos ojos
de que toda luz mana.

de *El aire es de dioses*, 1982

SEGUNDO LIBRO DE ODAS (II)

La Noche, que nos ciega
con su exceso de luz,
se eleva por encima de los ecos diurnos
y abre las anchas puertas que el temor
traspasar nos impide.

Oh diosa, la más casta
y la más fructuosa,
cuyas brillantes manos purifican
y cuyos senos, nunca exhaustos, nutren
a la vida y la muerte.

Tú ocultas, con tu manto
inalterable, toda
vana sabiduría, y nos invitás
a viajar en tus rápidos bajeles
hacia un lejano puerto.

Teme la mano asir la pasarela,
y el pie pisarla, temen los pasados
y venideros días nuestro viaje,
si es que, por fin, con paso tembloroso
abordamos el leño.

Y, así, dudando
o, por tus altas aguas
deslumbrados y ciegos, procediendo,
ya ignoramos o ya somos partícipes
de una sabiduría tan celosa
que, si vida nos da, sella los labios.

de *El ave en su aire*, 1985

NAVES NOCTURNAS

Las naves que navegan esta noche
surcan, hienden, barquean una lumbre
que va quemando noche, como quema
la luz diurna, hasta extinguirlo, al día;

transportan una carga de colores
en busca de un paisaje al que, imposible,
sólo renunciarán tras su naufragio
las quillas que dividen la tiniebla.

No van dejando estelas en lo oscuro,
como el tiempo no deja surcos de alas,
pero se siente que a la noche agobian
con su peso de esperas y silencios.

Asomado al balcón, cierro los ojos
para entregarme a su remar pausado,
y—astros de sombra, montes caminantes—
a la vez que a la noche me navegan.

de *El ave en su aire*, 1985

LUNA NUEVA

La noche ha vaciado sus ánforas
de rumorosa oscuridad
sobre las cenizas del día;
y en la invasión de sombras y murmu-
llos,
que se va remansando como el agua
a la que imparte paz un lago,
se refleja, a manera de espejo
o como la luz en un muro
—imaginosa o despojada—,
la memoria de un cielo abolido.

No sé lo que me quiere este recuerdo
que se abraza a su propia sombra,
qué hacen aquí las noches claras
perfumadas de jara y romero.

La voz del múcaro, la fruta,
que golpea, al caer, la tierra
húmeda, el fuego fatuo
de los cocuyos, los insectos
que sierran las fibras del aire
están reclamando un tributo
a mis manos casi vacías.

Mi única dracma lanzo al aire
de la noche extranjera,
y veo cómo brilla y cómo asciende
donde no había luna,

de *El ave en su aire*, 1985

NOCHE ESTRELLADA

La noche apaga, cuando enciende
sus múltiples hogueras,
las cambiantes escenas que reclaman
—odio o amor— la elevación del pájaro
que aparece cantando entre las olas
del aire, urdiendo estéticas
estelas con su vuelo, despojando
a la sombra de sustos y de esperas
con su canto en sus notas enredado
como ese mismo pájaro en la luz.

Es como si una mano se tendiese,
por cima de colina y tejados,
sobre valles y esteros, miel y arcas,
hierba segada y claros y espesuras
—y sobre lo que escucha y lo que duerme—
y acariciase al mundo como al lomo
de un animal herido, por la noche.

La oscuridad —medida y desmesura—
los espejos del aire vela
vela y, al anularlos,
a raudales derrama transparencia:
de cada estrella a cada
mirada que conversa con la estrella.

Lo que era tierra dura ahora es reflejo
de sí mismo. Las aguas
que la luz arribada pule y brilla
dirías que podrías caminarlas
como un firme cristal
que no escondiese abismo donde acaba.

Sin transición tu centro se hace centro
de cuanto ves y cuanto ignoras,
y las notas, que son quizás de un ave
silenciosa de día y solitaria,
no sabes si te cantan o las cantas.

de *La realidad entera*, 1988-1985.

LO UNO CON LO UNO

La noche, llena de rincones
y de dispersas soledades,
enciende, no obstante, la llama
que une a lo uno con lo uno:

pues lo mismo que en gotas miente el
agua
y en astros nos engaña el cielo,
así la luz, que es una, se resume
en cada viva lengua, ardiente.

Mas ¿qué ojos son capaces
de escudriñar a las tinieblas
hasta el punto en que los inviten
a fundirse en su hoguera oscura?

Así el sol se imagina, hecho de nieve.

de *Ocupación del fuego*, 1990